

sin hacer aspavientos, y sin decir una palabra, pero mascando el puro, sufrió todo con una entereza que abismaba.

—¡Pobre Carlos!

—¡Diablo de alemán!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tiene los pantalones en su lugar.

—Ya lo he dejado tranquilo, y muy encargado.

—¡Bien por ti, diablo de fronterizo!

—No vale la pena; lo que me asustó, o, más bien, me impresionó, fué pasar otra vez por aquel campo.

Montones de muertos, devorándolos los lobos, que han venido al olor de la sangre.

Los pobres heridos dando de gritos...

—¿Y la ambulancia?

—Recogiéndolos con cuidado, allí, de entre los caballos muertos y las cureñas despedzadas.

—La batalla ha sido espantosa.

—Y tanto—dijo Pedro—, que me parece que no la podemos repetir.

—De eso hablábamos.

—Es muy difícil, vencedores, pero hechos pedazos.

—Este don Santos es terrible.

—Es capaz de resollar después de muerto.

—Lo que siento—dijo Juan—, es que ya se está acabando el racimo.

—Para eso estamos—dijo Manuel.

VIII

El general Santos Degollado llegó, con su pequeña división, frente a México, el 24 de marzo de 1859.

El movimiento ordenado por el ministro de la Guerra en Veracruz, dió un resultado matemático.

Miramón, que había salido de la capital entre las aclamaciones de los conservadores y de los frailes, que había pasado en triunfo por los pueblos y ciudades del tránsito como el vencedor, seguro de su victoria llegó frente a Veracruz, que ya lo esperaba con el arma al brazo.

Desplegó un grande aparato, hizo movimientos estratégicos al aire, ordenó el ataque sobre Alvarado, simultáneo con el de la plaza, disparó los cañones, revolvió sus caballos, movió sus infanterías como en un simulacro, y todo fué un espectáculo de fuegos pirotécnicos, que concluyó con una vergonzosa retirada, siendo el general que llevaba todas las esperanzas de la reacción, el primer prófugo del ejército de Oriente.

El Gobierno de los Estados Unidos reconoció al Gobierno del señor Juárez como la legitimidad constitucional de la República.

CAPITULO XVII

EN VISPERAS DE UNA BATALLA

I

La capital estaba revuelta, temiendo el ejército liberal a las puertas de la ciudad.

Todos los derrotados de Calamanda llegaban en grupos a México, y el Gobierno hacía venir las guarniciones de los pueblos comarcanos, acumulando cuantos elementos podía para resistir un ataque próximo.

Logró reunir más de ocho mil hombres con todos sus elementos de guerra.

El general Degollado no tenía más que dos mil ochocientos hombres y una escasa artillería; era verdaderamente temerario aquel movimiento, que en el secreto realizaba un plan estratégico: que se levantara el sitio de Veracruz.

El pensamiento estaba realizado; el ejército reaccionario abandonaba sus operaciones y, ya en derrota, volvía a la capital, después del fracaso.

Pero esto no se sabía, pues si el general Degollado hubiera tenido noticia; en el acto hubiera emprendido la retirada.

Tan escasa guarnición no pudo evitar la entrada de fuerzas a la capital, ni que el enemigo se repusiera.

Aquellos hombres firmes sobre el peligro, y resueltos a morir, tenían una estoicidad heroica.

Allí estaba Manuel Romero Rubio, con su eterna sonrisa; ¡con cuánta ternura lo recordamos!...

Los espías de la plaza, se enteraron del número insignificante de los sitiadores, de sus escasos recursos, y el Gobierno reaccionario, ya seguro de una victoria, dispuso todas sus fuerzas, y se decidió después de tantos días de expectación y de ansiedad, a salir al campo y librar un combate con todas las certezas del triunfo, sin saber que aquel puñado de hombres había ganado una gran batalla en el campo de la estrategia.

II

Pedro, el fronterizo, estaba escribiendo allá en su alojamiento, cuando vió entrar a Manuel, pálido y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Manuel?—preguntó con inquietud el fronterizo.

—¡Nada!—gritó el estudiante. Se arrojó sobre una silla, y clavando la cabeza en la cubierta de la mesa, comenzó a sollozar como un desesperado.

Acercóse Pedro, y acariciando la cabeza de Manuel, volvió a interrogarlo.

Serenóse Manuel, y tomando la mano trémula de Pedro, le dijo:

—Acabo de estar con mi madre. ¡Pobre madre mía! Viene en mi busca, atravesando peligros, hasta encontrarme.

—Malo, malo—dijo el fronterizo.

—Venía llena de dolor y de angustia, había tenido horribles presentimientos, y quería verme.

—¿Y qué te dijo?

—Sus palabras me han infundido pavor; todo lo ha juzgado con ese criterio susceptible de mujer. Dice que en México hay gran número de fuerzas, que hay una grande agitación, un cruzar de batallones y trenes de artillería... ¡que estamos perdidos!

—Y ha dicho la verdad—exclamó el fronterizo.

—Al principio me rogó que me fuera; pero después, recobrándose en su espíritu, me dijo:

—No, hijo mío; tu deber es primero; corre la suerte de tus amigos, aunque yo muera de dolor.

¡Ponía toda su angustia de madre en las aras de la patria!

—¡Es una santa!—exclamó el fronterizo.

—Sí, una santa—murmuró Manuel—; su faz descolorida, sus facciones afiladas, su mirada anegada en llanto, ¡aquí, aquí está, en mi pensamiento y en mi corazón!

Las lágrimas asomaron a los ojos del fronterizo.

—Por fin—dijo Manuel—, le rogué que volviese a la ciudad; me arrodillé delante de ella; oprimió mi cabeza con sus trémulas manos, y con sus labios ardientes imprimió un beso en mi frente, y de aquel beso se desprendió un relámpago que alumbró el abismo de mi destino.

—Cálmate, Manuel; tú al fin tienes madre, yo no tengo a nadie sobre la tierra; soy el hijo de la fatalidad.

Los dos amigos entraron en silencio, entregándose al torrente tempestuoso de sus pensamientos.

III

Se abrió la puerta y entró «Juan Gallinazo» con tres jóvenes, todos cubiertos de polvo.

—Aquí están tres matasanos—gritó el suriano.

Manuel y Pedro se levantaron para recibirlos.

—¡Juan Díaz Covarrubias!—gritó Manuel.

Y se precipitó en los brazos de un jovencito trigueño, de alta frente y mirada triste.

—¡Cuánta felicidad!—exclamó Covarrubias—Ya estoy entre mis amigos.

—Aquí están Ildefonso Portugal y José Sánchez; los tres estudiantes de Medicina. Se han salido de México para venir a nuestra ambulancia.

—Pues van a tener mucha ocupación—dijo Pedro—, porque la batalla es inminente.

—Es verdad—dijo Sánchez—; probablemente mañana da principio el combate.

—Pues mientras llega, cenaremos—gritó «Juan Gallinazo», y pasaremos la noche en conversación.

Manuel, como joven, había recobrado su buen humor.

Los asistentes sirvieron la cena y el vino circuló con profusión.

—¡Qué hambrientos vienen!—dijo «Juan Gallinazo».

—Como que hemos hecho una caminata endiablada—dijo Covarrubias.

Ildefonso Portugal se había venido de Morelia traído por el general Degollado, y recibía con placer a sus compañeros en el Cuerpo Médico del ejército.

—Es una fortuna—dijo «Juan Gallinazo», encontrarse de improviso con tan buenos amigos.

—Cuéntanos de la revolución—dijo Covarrubias—; porque en México todas son mentiras y repiques.

—Pues la revolución—dijo Manuel—, quema a toda la República; no pueden con nosotros, y hemos de triunfar, quiera Dios o no quiera.

—¡Bravo!—gritó Juan—Tenemos gente hasta en los lugares más apartados del territorio y gente que vale mucho, mucho.

—Pues dínos algo—dijo Sánchez—; estamos ansiosos.

Entre nosotros, todo es romanesco; estamos en plena Edad Media.

—¡Bravo por la cita histórica!—gritó Manuel—¡Esto sí merece una copa!

Todos bebieron.

—Pues digo la verdad, y me van a oír.

—¡Habla, con dos mil diablos!—gritó Covarrubias.

—Allá voy—dijo «Juan Gallinazo».

En uno de los puntos más lejanos del centro de la República, en el Istmo de Tehuantepec, lleva la bandera un estudiante de Derecho, el teniente coronel Porfirio Díaz, que ha ganado sus ascensos uno a uno por sus victorias, que, como decía, tienen mucho de novelesco.

—Por el teniente coronel Porfirio Díaz—dijo Manuel.

Todos chocaron sus copas y bebieron a la salud del estudiante de Oaxaca.

—Este joven—continuó «Juan Gallinazo»—tiene madera de hombre; era el secretario particular del Lic. Marcos Pérez, un gran patriota y amante de la libertad. Conspiraba allá en Oaxaca, y Porfirio Díaz llevaba con toda reserva la correspondencia. Un día el Lic. Pérez fué aprehendido por conspirador y encerrado en el convento de Santo Domingo de Oaxaca, en un lugar que, según recuerdo, le llaman la Torrecilla, que está en un ángulo del edificio. Celda above-

dada, con una claraboya hacia la calle, y que rodean unas bardas casi inexpugnables.

El estudiante de Derecho tenía que recibir instrucciones importantísimas del abogado; pero era imposible la comunicación. Comenzó a fraguar un plan: hablarle por la claraboya; pero esto era punto menos que imposible.

—Aventura tenemos—gritó Manuel.

—Sí; pero muy arriesgada. Entonces el estudiante se reunió con su hermano Félix, a quien el cariño de sus amigos le llamaba el «Chato Díaz», arrojado como todos los diablos y valiente que daba miedo.

—¡Una copa por el «Chato Díaz»!—dijo Covarrubias.

—Pues decía que se pusieron los hermanos de acuerdo en escalar las tapias de aquel monstruoso edificio.

La noche era oscura, sin estrellas ni relámpagos.

Nadie podía sospechar aquel atrevimiento.

Imposible es describir cómo fué aquel escalamiento peligrosísimo, realizado de una manera inexplicable para los mismos hermanos Díaz.

Arañando las paredes, buscando apoyo en las grietas accidentales de la barda, empujándose, sosteniéndose, agarrándose de las salientes piedras, y todo en la profunda tiniebla de la noche. Resbalar era morir, era caer en el abismo.

Después de una agitación tan espantosa, sin darse cuenta de esa peregrinación terrible, inconcebible, se encontraron al fin, jadeantes, sobre la bóveda de la Torrecilla.

—¡Carámbano!—gritó el fronterizo—Eso se llaman «pantalones».

—Y muy bien fajados—dijo «Juan Gallinazo».

—Ya estoy pensando en la bajada—observó Manuel.

—Aquí había otra dificultad, y grave—confirmó «Juan Gallinazo»: la claraboya no estaba al ras de la azotea, sino a algunas varas más abajo.

Entonces pensaron en descolgarse, para lo cual llevaban sus cordeles.

El estudiante Porfirio Díaz se ató el cordel a la cintura, y le dijo al «Chato»:

—Ahora me descuelgas, hasta ponerme al nivel de la claraboya.

—¡Demonio con el hombre!—exclamó el fronterizo.

—El «Chato» tomó el cable con las dos manos, y Porfirio, con un alrevimiento como lo requería aquella aventura, se lanzó al descenso con intrepidez, corriendo el peligro de que su hermano flaquease y lo arrojara desde aquella inmensa altura.

Descendió recto como un péndulo y se encontró al nivel de la claraboya.

—Estoy ya nervioso—dijo Díaz Covarrubias.

—El estudiante—continuó Juan—metió su mirada por entre las rejas y vió el pecho del centinela.

Porfirio, que en todo había pensado, llevaba unos puñados de pequeñas piedrecillas, que recogió en la azotea, y comenzó a arrojarlas dentro del calabozo.

El abogado, por una rara inspiración, comprendió lo que pasaba, pero sin explicárselo.

Entonces comenzó a hablar solo en voz alta, y a dar de una manera escondida sus instrucciones.

Como aquello se prolongara, ya Porfirio sentía cortársele la cintura con el cordel e hizo seña a su hermano que lo subiera.

El «Chato» ya sentía agotársele las fuerzas.

Por fin, logró que su hermano llegase a la orilla de la azotea.

—Ahora tú—dijo Porfirio. Y ató al «Chato» y lo descolgó, haciendo la misma operación.

El «Chato» acabó de recibir las instrucciones, y tirado por el esfuerzo ya casi vacilante de su hermano, tocó la cornisa.

—¡Ahora, cómo bajamos?—preguntó a su hermano.

—Como podamos—contestó Porfirio.

Y ya ayudados por el cordel, emprendieron el descenso peligrosísimo como la subida.

Sólo la tiniebla podía dar cuenta de aquella operación, en que le pidieron sus uñas a la fiera, sus anillos a la serpiente, sus antenas al insecto, para deslizarse en aquellos muros.

Cuando tocaron el suelo se abrazaron.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron los estudiantes—Esta aventura no tiene nombre.

Cuando fué puesto en libertad el señor Marcos Pérez, fué por curiosidad con sus amigos a examinar el lugar del muro, por donde se había verificado la escalación, y no pudieron explicarse la manera con que se había efectuado.

—¡Y luego dicen que no existen los diablos!—gritó el fronterizo.

—Pues este hombre—continuó «Juan Gallinazo»—, tuvo también su entrada a la revolución de una manera singular.

—¡Cuenta! ¡Cuenta!—gritó el fronterizo—Ya nos simpatiza de corazón ese valiente.

IV

—Pues sepan ustedes, que había en Oaxaca un gobernador llamado González Pinillos, un verdadero tipo, cara larga, bigote y perilla, pecho y abdomen salientes, y las piernas flacas, presentando la silueta de un avestruz.

Los estudiantes soltaron la carcajada.

—Este general era el sinvergüenza más grande que ha calentado el sol de Oaxaca; ladrón de los fondos públicos,

pedidor de dinero, que nunca pagaba, estafador, jugador de trácala, arbitrario y tirano, era un bribón por los cuatro costados. Era uno de los sicarios de la firanía de Santa Ana.

Se le antojó a S. A. S. que hubiera un plebiscito para ver si el pueblo mexicano quería que continuara en la Presidencia.

Se abrieron dos registros, uno de la «afirmativa» y otro de la «negativa».

En Oaxaca dispuso la farsa Martínez Pinillos y en la plaza recibió la votación de las autoridades y de las corporaciones.

Por supuesto, que nadie se atrevía a votar en contra; las cédulas las recibían en las puntas de las bayonetas.

Porfirio Díaz iba al plebiscito en el cuerpo de catedráticos. Figuraba allí sin haberse recibido de abogado; porque, como él dice con mucha oportunidad, «no por mis adelantos, sino porque nadie quería servir la cátedra de balde, porque no usaba pagarle a la instrucción pública».

Todos votaron por S. A. S.

Llegó su turno a Porfirio Díaz.

—¡Aquí va a haber un escándalo!—gritó el fronterizo.

—De allí a la cárcel—dijo Manuel.

—El joven Porfirio Díaz había visto una escena brutal, en que Martínez Pinillos se había atrevido a maltratar a un abogado. Ya fijo en una idea, al asistir al plebiscito, se previno de un arma, resuelto a matar al gobernador, si se atrevía a atacarlo; y, decidido a afrontar todo el peligro, lo retó con inmenso valor.

—¿Usted cómo vota?—preguntó Martínez Pinillos.

Entonces Porfirio, dijo sencillamente:

—¿Votar, es obligación o derecho?

—¡Muy bien!—gritó el fronterizo.

—Martínez Pinillos se mordió el bigote, y respondió con énfasis, sin saber lo que decía:

—Es derecho.

—Pues no voto—replicó Porfirio Díaz.

Martínez Pinillos se puso pálido, y encarándose con Porfirio, le dijo:

—Creo que usted tiene miedo.

Subióse la sangre al rostro de Porfirio, respiró recio por las ventanas abiertas de su nariz, y avanzó resuelto a la mesa.

—El libro de la «negativa»—dijo con arrogancia.

Martínez Pinillos, lleno de ira, le presentó el libro.

Porfirio tomó la pluma y con pulso firme escribió: «Voto para Presidente de la República, al C. General de división don Juan Alvarez.»

Luego que Pinillos leyó, dió un gruñido de coraje; nada quiso decir en público, pero por dentro juró vengarse de aquel atentado de lesa majestad.

—¡Más cognac!—gritó el fronterizo—¡Ese hombre vale por ciento!

—¡Por doscientos!—dijo Manuel. Y todos apuraron sus copas.

—No paró ahí—dijo «Juan Gallinazo»—. Porfirio se marchó a la casa del señor Marcos Pérez, sacó de un estante un par de pistolas y con ellas en la mano, atravesó las calles.

La policía no se atrevió a detenerlo; y, excusando caminos, se entró a la casa de un amigo, y en la noche tomó rumbo a la revolución.

—¡Ya es nuestro!—gritó el fronterizo.

V

—Para cerrar nuestra velada—dijo «Juan Gallinazo»—, voy a contarles otro rasgo de ese hombre, que está llamado a grandes empresas.

Todos escucharon con atención.

—El Gobierno constitucional estaba ya instalado en Veracruz. Había necesidad de disponer hasta del último soldado de Oaxaca, para resistir el empuje de la reacción. Esta contaba con ardientes y numerosos partidarios de Tehuantepec, y era indispensable cerrar por ese lado las agresiones contra la capital del Estado. Para ello, hacía se preciso contar con un hombre de excepcionales cualidades, para encomendarle el mantenimiento de Tehuantepec, sometido al Gobierno constitucional, sin distraer en esta empresa un grueso contingente militar.

Todos los oficiales de alguna importancia rehuían tamaña responsabilidad. Sin desconocer su magnitud, aceptóla el teniente coronel Porfirio Díaz.

—¡Caracoles!—dijo el fronterizo—Ya tienen para divertirse los tehuantepecanos.

Juan continuó:

—Establecido en la cabecera del distrito, enemigo del orden constitucional, con un puñado de soldados destinados al heroísmo o a la muerte, tenía el joven jefe que ser al par que un hábil político, un consumado estratégico, y respondió cumplidamente a esas dos exigencias.

Pronto se vió amenazado por dos poderosas columnas reaccionarias, que debían obrar en combinación sobre la plaza de Tehuantepec, bajo las órdenes del general Amalio Alarcón.

El joven oficial, disimulando sus planes a la penetración de los tehuantepecanos, teniendo noticias por sus expertos exploradores de las posiciones que ocupaban el coronel Manuel Santibáñez, y el general Alarcón, jefe de las columnas reaccionarias, se decidió a batirlos en detalle; porque de unirse, la derrota hubiera sido inevitable. Hizo un movimiento rápido; se arrojó primero sobre la columna de Alarcón, y la hizo pedazos. Buscó al coronel Santibáñez, y cuando

menos lo esperaba, le libró un combate en que lo derrotó completamente. El señor Juárez le envió la banda de coronel.

—Ya lo esperaba—gritó el fronterizo—; se los comió en dos platos. Merecía la banda de general.

Juan siguió su narración.

—Por demás trascendental era aquel ataque de los reaccionarios. Un doble punto de mira los inspiraba: el primero, tener a discreción el camino, ocupada la capital del Estado; con lo que el Gobierno de Veracruz perdería el más importante de sus puntos de apoyo; el segundo, dominar militarmente el Istmo, aislando por ese medio de toda comunicación con la costa de Sotavento, al propio Gobierno de Veracruz.

Pero el general Díaz desbarató los planes reaccionarios.

Aun dió cima a otra empresa no menos trascendental y delicada el joven coronel, operando en aquella zona.

El Gobierno leal de Oaxaca, carecía de armamento y municiones, y no había otro camino por donde proporcionárselo, que el puerto de Juinatitlán, en el Coatzacoalco. El Gobierno de Veracruz contrató armamento y municiones, con ese destino, en los Estados Unidos del Norte, que debía conducir un pequeño vapor. Encomendóse a Díaz la arriesgada empresa de recibir y salvar esos elementos de guerra, y con tal motivo y oportunidad la llevó a cabo, que atravesando el Istmo, llegó a Juinatitlán en los momentos mismos en que arribaba la expedición de armas.

—Ese hombre tiene una rara predestinación—dijo Manuel.

—Decía que la inesperada presencia del coronel Díaz en Juinatitlán suscitó ciertas dificultades en las autoridades del puerto, de quienes aquél no era personalmente conocido, siendo el designado por el Presidente constitucional, para recibir y asegurar los expresados elementos de guerra, y no concebían cómo tan oportunamente, dadas las excepcionales condiciones en que se hallaba colocado el jefe militar de Tehuantepec, podía encontrarse allí sin previa noticia. La dificultad no se hubiera resuelto, con grave riesgo de que el armamento y municiones hubieran caído en poder de las columnas volantes reaccionarias que operaban en la costa de Sotavento, si no hubiera logrado el coronel Porfirio Díaz convencer de su identidad al coronel Francisco Zérega, jefe del puerto de Juinatitlán.

Comenzó el desembarque, que fué muy trabajoso, pero ¿cómo llevar ese número de armas? El coronel Díaz recogió cuantas acémilas estaban a su alcance, y al paso tardío de una prolongada procesión de hombres y de animales cargados, emprendió una correría espantosa por aquellos caminos, burlando a las tropas reaccionarias.

Llegó, por fin, a su destino; pero estando cerca del enemigo, había que llevárselos a otro lugar, y ya había despedido las acémilas. Mandó recoger las que se pudieron, y en hom-

bros de sus soldados y como se podía, cargó con las armas, y las puso en salvo, sin que los reaccionarios pudieran dar con ellas, porque el coronel Díaz se ha burlado a su antojo de sus adversarios.

—¡Me gusta ese hombre!—dijo Manuel.

—Si no muere en una de esas aventuras, ¡quién sabe hasta dónde llegue!

—¡Hasta arriba!—gritó «Juan Gallinazo»—Ya nos lo encontraremos; el día menos pensado se descuelga por acá, y entonces comienza el día del juicio.

—El coronel Díaz se ha vuelto en aquellas regiones el terror de los reaccionarios; es el único a quien le teme el gachupín Cobos.

—Ya llevará su merecido.

La bandera de la juventud está muy alta; somos la oleada que llega.

—Y que crece—agregó Pedro—, y que todo lo ha de barrer.

VI

—Con estos hombres no se puede perder—dijo Díaz Covarrubias.

—A mala hora han venido ustedes—dijo Manuel.

—¿Por qué?—preguntaron asustados los estudiantes de Medicina.

—Sencillamente; porque mañana a estas horas, estaremos derrotados.

Los jóvenes palidecieron, porque veían perderse sus esperanzas.

—Pero ésta no es una derrota definitiva—agregó Manuel—; ya está pensada y resuelta; ya estamos enterados de que así ha de pasar.

—No comprendemos.

—En estos momentos debe estarse levantando el sitio de Veracruz; el plan está realizado.

—¿Luego han venido a sacrificarse?

—Precisamente; pero nos defenderemos.

—Esto es horrible.

—Son las exigencias de la guerra. ¿Qué valemos nosotros delante del señor Juárez y del Gobierno de la República? Nuestro mismo carro nos aplasta... ¡Bien hecho!

«Juan Gallinazo» dijo bostezando:

—Durmamos; mañana será otro día.

Portugal se llevó a la ambulancia a sus compañeros y los otros amigos se entregaron al sueño, sabiendo que los había de despertar el estallido de los cañones.